

La guerra no le trajo nada bueno a la Argentina

Tags: Malvinas Posted date: May 15, 2012 |



Respuesta a la editorial del Washington Post

Por Jorge Argüello

En su editorial “Argentina libra todavía una batalla perdida por las Falklands”, del 3 de abril, el diario estadounidense Washington Post se refirió al discurso de nuestra presidenta Cristina Fernández de Kirchner al cumplirse 30 años del inicio del conflicto armado entre la Argentina bajo dictadura militar y el Reino de Gran Bretaña por las Islas Malvinas, exhibiendo una serie de llamativas inadecuaciones históricas que deseamos esclarecer.

Contra lo que el editorial sostiene: “El conflicto le hizo algún bien al perpetuamente inestable país sudamericano”, aquella guerra no le trajo nada bueno a nuestro país. Sólo le agregó casi 700 muertos –la mayoría jóvenes soldados sin experiencia– al período más oscuro y sangriento de nuestra historia. Con ese conflicto, la dictadura sólo postergó su caída, sólo prolongó un final anunciado por la propia situación interna del país: ruina económica, crisis social y decenas de miles de desaparecidos.

Ello y no la guerra (“[la guerra] causó el colapso de la brutal dictadura militar”, según el Washington Post) apuró la apertura democrática de 1983. Tampoco se puede comparar ese manotazo de ahogado con la actual política de Estado de un país democrático, apoyada por todos los partidos con representación parlamentaria y basada en crear las condiciones políticas propicias para discutir pacíficamente la disputa de soberanía sobre las islas. Razonar así sólo puede ser fruto de una lectura política muy equivocada. Basta dar un vistazo al progreso económico y social del período 2003-2011 para terminar de invalidar el argumento de un intento de “distraer la atención” de parte de la presidenta.

Asimismo, el argumento de la “proximidad geográfica” que el editorial subestima es, en realidad, un elemental principio de integridad territorial: las islas están incluidas naturalmente en la misma plataforma continental argentina heredada de la independencia de España, como el resto del país. ¿Cómo puede argumentarse, en cambio, que una ocupación ilegal como la británica en Malvinas se convierta en una posesión legal sólo porque ha perdurado, por la fuerza, durante casi dos siglos y con habitantes “implantados” por el país usurpador? ¿Acaso las Naciones Unidas en pleno se han equivocado gravemente en cada Asamblea desde hace décadas –antes y después de 1982– cuando emplazan a Gran Bretaña a negociar y dejar de usar arbitrariamente su veto de potencia de posguerra en el Consejo de Seguridad para evitar una discusión sobre soberanía? ¿Acaso es casualidad que diez de los 16 conflictos coloniales –sí, coloniales, en pleno Siglo XXI– por resolver correspondan a Gran Bretaña? Desde una potencia económica como los Estados Unidos, con una historia política y diplomática tan rica como aleccionadora, debería resultar más sencillo identificar qué país pugna por hacer valer su derecho de soberanía sobre un territorio y cuál atosiga el área de buques, aviones y tropas para retener lo único que le importa: petróleo, pesca y todo recurso natural explotable.

Si gustamos de la Historia, es fácil de probar: el atolón Diego García, en medio del Atlántico, fue alquilado a los Estados Unidos en 1966 y su población fue literalmente evacuada.

¿Autodeterminación de los isleños? No señor, Gran Bretaña ya no los necesitaba. Es la Argentina, en cambio, la que respetará el interés de los actuales habitantes de las Malvinas. Está escrito en la Constitución de 1994 y lo ha enfatizado este 2 de abril pasado la Presidenta Fernández de Kirchner.

Finalmente, resulta contradictorio reconocer los 30 años de democracia en Argentina y pretender asemejar luego las bravuconadas de la dictadura militar en 1982 con los actos del pasado 2 de abril. Nuestra presidenta abrió su discurso así: “La guerra no se conmemora”. Y la imagen de ella que recorrió el mundo la mostró arrojando unos claveles al mar, con sentimiento y compasión por el millar de argentinos y británicos muertos en combate, sin distinción. Ella dijo también, evocando son sabiduría a Ponsonby: “La primera víctima de la guerra es la verdad”. Y por ello su gobierno desclasificó el informe militar de posguerra que evaluó como una aventura sin sentido el intento de aquella dictadura por recuperar las islas por la fuerza. No sólo han pasado 30 años de la guerra. También 180 años de la ocupación británica de las islas. Hoy sólo cabe la verdad.

Un diario como el Washington Post, admirado en el mundo por su apego a esos mismos valores profesionales y democráticos, debería mantenerlos también en su cobertura de la cuestión Malvinas, replantear su enfoque editorial y acordar esta vez con nosotros en que las batallas por verdades como las que han sabido sostener sus legendarios periodistas, al igual que las que sostiene pacíficamente el pueblo argentino, nunca serán “batallas perdidas”.

Este artículo fue publicado en el diario Tiempo Argentino